

## Crónicas de un mundo invisible

*Yumeno Kyusaku* (夢野久作)

A menudo, los debates en torno a la importancia de la educación se centran exclusivamente en los frutos que ésta es capaz de aportar a cierto *desarrollo*. Bajo este punto de vista, la educación únicamente es deseable en tanto que asegura el mantenimiento de la *producción*, o la perpetuación de un conjunto *adecuado* de ideas como base para la organización social.

Se trata de una concepción peligrosa, pues al momento en que se asigna un carácter instrumental al conocimiento, también se reduce a su portador, —profesor o estudiante—, a la condición de mera herramienta. Al perder de vista al individuo, el fin al que debe aspirar la educación se desdibuja, a decir, la formación de *personas*; criaturas morales con la capacidad para aprehender la belleza y asir un sentido de responsabilidad.

Es evidente que la construcción de un sistema que posibilite una educación de este tipo plantea numerosos desafíos; en principio, porque ninguna facultad humana debe verse desatendida. Una persona incapaz de acceder a una mejora integral de sí se verá mermada en su capacidad para reconocer sus propios propósitos y, en consecuencia, sujeta a las voluntades impuestas de manera discreta por los artilugios del poder.

En este sentido, aun si la cabal ejercitación del *Trívium* y del *Quadrivium* resulta imposible, es imperativo mantener en alto el principio de que la educación no debe perseguir la producción de individuos útiles a las necesidades de otros individuos, sino a las de su **comunidad**. Ésta última, concebida como un espacio para el libre ejercicio de la ciudadanía, o en otras palabras, para el diálogo y la *elección*.

La educación, por lo tanto, no debe ser vista como una fase más en el mecánico proceso de la reproducción social, sino como un fin en sí mismo. Se trata, después de todo, del terreno en que la persona articula las nociones más básicas sobre su ser y sobre el mundo que lo rodea; es, por excelencia, escenario de construcción de preferencias sobre visiones del mundo y, por consiguiente, sobre proyectos de futuro.

Dicho esto, se torna evidente que el aliento a la curiosidad e indagación resulta necesario de buscar la edificación de mundos más amplios, de realidades en las que hasta la más ínfima voz tenga cabida. Se trata de una tarea compleja, dificultada a la vez por la inercia de la costumbre y por las dificultades intrínsecas a incidir en un mundo en el que los mecanismos que regulan la vida se vuelven, de poco a poco, cada vez más difíciles de percibir.

Actualmente, no es raro encontrarse con elogios o anatemas proferidos en alusión a un cuerpo de ideas *abstractas*; o respecto a un conjunto de procesos cuyo funcionamiento, aun si cotidianos, se siente lejano y confuso. La separación entre los individuos y los procesos por los que se rige su realidad abarca desde áreas tan complejas como el gobierno o las finanzas internacionales, hasta situaciones tan inmediatas como la comida de todos los días. ¿Cuántas veces se lleva una persona algo a la boca sin antes cuestionarse sobre la forma como aquello fue preparado, sobre los ingredientes utilizados, o más sensiblemente, sobre quién lo hizo?

Lo mismo ocurre con la educación, pues en cuanto ésta deja de ser observada como un fin en sí mismo, se transforma en una parte de ese impulso maníaco que arrastra a los individuos por un camino acerca del cual tienen poco tiempo, —y con frecuencia también poco interés—, para cuestionar. Es así como emergen ideas que asocian al estudio de ciertas carreras con la obtención de dinero o con el hambre; que vinculan el desarrollo técnico-científico con el *progreso nacional* y la dignidad del país; o que condenan como *inútil* el estudio de ciertas disciplinas ante la falta de evidencia tangible de su valía.

Ya sea que se trate del *Zeitgeist* o de cualquier otra cosa, es indiscutible que esta tendencia ha permeado todos los ámbitos de la vida. El avance de la modernidad ha dado paso a la invisibilización del trabajo (la pesadilla de Marx), a la invisibilización del gobierno (la pesadilla de Montesquieu) y, de manera creciente, a la invisibilización de las más básicas relaciones humanas (¿la pesadilla de los poco populares en Facebook o Instagram?).

A pesar de que habitualmente se anuncie lo contrario, parece como si el mundo se encontrara ante el fin de la era de la *elección* para, en su lugar, encontrarse a las puertas de la era de la *maquinación*. Escándalos como el ocurrido en relación a las tergiversaciones perpetradas por empresas como *Cambridge Analytica*, son evidencia del cada vez más pronunciado alejamiento entre personas y procesos, entre *elección* y realidad.

No se trata, por supuesto, de hacer una denuncia romántica al estilo del *Sturm und Drang*, o de acometer en contra del orden establecido bajo el impulso de una violencia similar a la de los futuristas de Marinetti. Más bien, habría que comenzar por preguntarse, a nivel individual, por qué se hace lo que se hace; posteriormente será necesario indagar acerca de lo que se logra con esto y la forma cómo las acciones individuales se integran al accionar colectivo. De inmediato será evidente, –quizá incluso sorpresivo–, que la vida individual se inserta en un vasto y complejo entramado de relaciones y procesos en los que lo justo y lo injusto con frecuencia se difuminan a causa de la distancia y la apatía.

Después de todo, qué tan importante puede ser que la ropa o los zapatos usados cotidianamente hayan sido fabricados por personas sujetas a una miseria extrema; a fin de cuentas, al no poder verlas, su existencia y padecimientos devienen meras suposiciones. Y en los casos en que se llega a sentir un auténtico sentimiento de incomodidad, ¿no se recurre con odiosa frecuencia a culpar a la *globalización*, o al *capitalismo*, o al *corporativismo*, por todos los males e injusticias que acosan a la humanidad? Habría que comenzar por ubicar las oficinas de estos malhechores para así hacerles llegar las preocupaciones del mundo.

¿Qué hacer, entonces, en alivio a lo falaz de los esfuerzos hasta ahora realizados? Lo más sensato sería, quizá, derribar todo y proponerse construir un sistema nuevo, más equitativo y sincero. Sin embargo, ésta sería también una solución insuficiente, pues implicaría no darse la oportunidad de analizar a fondo los errores pasados y, fundamentalmente, tampoco de entablar un proceso que permita el reconocimiento de los padecimientos y la reinserción de aquellos que fueron dejados atrás. Ante esta disyuntiva, es claro que el camino a seguir debe ser uno de diálogo y concertación, es decir, de *elección* y no de destrucción.

Es necesario comenzar por arrojar luz sobre todo aquello que ha sido injustamente invisibilizado. Por ejemplo: reconocer, en lo que se compra, el trabajo de otro; sentir, en la ciudad que se habita, la presencia de otros; admirar, en una obra de arte o pieza de tecnología, la respiración de la inteligencia humana. Ante todo, se debe ser consciente del rol propio sobre el estado de las cosas, así como admitir que no existen los accionares *neutros*; toda acción constituye una manifestación de una visión del mundo, y por lo tanto se muestra como parte de un proyecto. Es labor del individuo dar dirección a este proyecto.

La educación, por supuesto, debe desempeñar un papel central en todo esto. La instrucción debe centrarse en la formación de personas; por lo tanto, –en cada materia y en cada sesión–, se debe hacer énfasis no en el hecho de que se aprende/enseña una metodología y conceptos abstractos (*ideales*), sino un conjunto de conocimientos útiles al enriquecimiento del individuo y de la comunidad. En este sentido, los aprendizajes acerca de un sistema político o de un sistema de ecuaciones comenzarán a cobrar sentido por su impacto en las relaciones humanas, y no por su proeza técnica o metodológica.

Puede que así las personas consigan recuperar su capacidad de *elección*, que la distancia entre ésta y la realidad se desintegre y que, de una vez por todas, sea posible retomar aquel interesante proyecto llamado *comunidad*. En un tiempo en que inextricables y gigantescos agentes e ideas gozan de una capacidad desmedida para incidir en el devenir de las sociedades, la educación y la vida comunitaria aparecen como las únicas alternativas a una existencia de perpetuas invisibilidad y apatía.